

á perpetuo sudor, ¿quién llevará la cuenta de las gotas de sudor que han caído de su frente?

Pon al hombre tan alto como sea posible, ó tan bajo como quieras; en ninguna parte estará exento de aquella pena que nos vino de nuestro común pecado. Si al que está en lo alto no le alcanza la injuria, le alcanza la envidia: si al que está bajo

á las criaturas... Figúrate el hombre enfermo que poco ha os describía; este hombre, impotente para todo lo bueno y que nada tiene de suyo—dice el Concilio de Orange—sino mentira y pecado.» (Sermón de Pentecostés.)

“Así heridos el entendimiento y la voluntad, el uno por la ignorancia, la otra por su desarreglo; así heridas las dos principales potencias que rigen nuestras acciones, encuéntrase toda nuestra alma agitada, sumergida en el fondo de otra desgracia tan lamentable cual es una inconstancia perpetua y una inquietud dolorosísima. Corriendo voy errante en pos de cada uno de mis deseos, anhelando encontrar algo que me satisfaga; cada día formo nuevos propósitos, esperando que los últimos han de colmar mis ansias, hasta que el escarmiento me dice cuán doloroso es mi engaño. De aquí la irregularidad de mi vida, de aquí el no tener nunca una norma determinada, de aquí la mezcla de diversas pretensiones y aventuras, que todas dejan mis deseos frustrados. O yo les falté á ellas, ó ellas me faltaron á mí; yo les falté cuando no conseguí el fin que me proponía, ellas me han faltado cuando, después de conseguir lo que yo deseaba, no he podido hallar lo que me había prometido. Así, pues, continuaré viviendo sin esperanza alguna de ver mis inquietudes calmadas, hasta hallar, en fin, un objeto sólido que otorgue á mis movimientos alguna consistencia por medio de una verdadera tranquilidad, y una luz que disipe mis errores, una norma que ordene mis desarreglos, un reposo donde concluyan mis inconstancias. Estas son, Dios mío, las tres cosas que me son necesarias; ¿dónde las encontraré? *Cogitavi vias meas*. La prudencia humana es siempre vacilante, las reglas de los hombres defectuosas, y los bienes del mundo no son duraderos; elévese, pues, mi espíritu á más altas regiones. En la Ley de Dios, en su sacrosanta Ley, es donde puede hallar el guía infalible, la regla segura, la paz inmutable.» (Sermón de Quincuagesima antes citado.)

¿Se atreverá el Sr. Gaduel á expresarse en los siguientes términos? Pero el Sr. Gaduel dice: “Si fuera de la Ley de Dios, es decir, de la verdadera Religión, de la Ley sobrenatural, nuestra vida no es más que un continuo desvarío; si nuestras opiniones son otros tantos errores; si nuestras vias no son sino ignorancia; si la sabiduría está oculta á los ojos de los vivientes; si aun los mismos espíritus elevados no pueden contemplarla, es decir que ya no hay luz natural en el hombre. Si fuera de la Ley de Dios no reinan más que los sentidos; si la razón está oprimida y amortiguada y no se la escucha sino en cuanto favorece las pasiones; si el hombre es impotente para todo bien, es decir que ya no hay en él fuerza moral natural. Si fuera de la Ley de Dios toda nuestra alma cae en una inquietud y una inconstancia perpetua, y vaga errante en pos de cada uno de sus deseos buscando algo que la satisfaga; si sus esperanzas las ve frustradas por doquiera, es decir que ya no hay virtudes naturales, sino que son pecados todas las acciones que la caridad no informa.”

Ciertamente, el Sr. Gaduel se avergonzaría de argumentar así contra Bossuet, y estoy seguro que si un tradicionalista lo hiciese, él mismo le diría que diese á las formas del lenguaje humano su valor propio, y no tomase en sentido lato y absoluto las expresiones que todos toman en sentido relativo y restringido. Las hipérboles enunciadas al decir que las opiniones humanas son otros tantos errores, que el hombre es impotente para todo bien, que no halla nada que le satisfaga, no significan en ningún idioma que el hombre sea incapaz de toda verdad, de toda virtud y de todo contento, á

no le alcanza la envidia, le alcanza la injuria. ¿Dónde está la carne que no haya padecido dolor, y el espíritu que no haya padecido congojas? ¿Quién estuvo tan alto que no temiera caer? ¿Quién creyó tan firmemente en la constancia de la fortuna que no temiera sus reveses? Los hombres, en el nacer, en el vivir, en el morir, todos somos unos, porque todos somos culpables y todos somos penados.

Si el nacimiento, si la vida y si la muerte no son una pena, ¿en qué consiste que no nacemos, vivimos y morimos como todo lo demás que nace, vive y muere? ¿Por qué morimos llenos de terrores? ¿Por qué vivimos llenos de congojas? Y ¿por qué cuando nacemos venimos al mundo con los brazos cruzados en el pecho en postura penitente? Y ¿por qué al abrir los ojos á la luz los abrimos al llanto y nuestro primer saludo es un gemido?

Los hechos históricos vienen á confirmar los dogmas que acabamos de exponer y todas sus misteriosas consonancias. El Salvador del mundo, con edificación y pavor profundísimo de los pocos justos que le seguían y con escándalo de los doctores, borraba los pecados curando las enfermedades, y curaba las enfermedades absolviendo de los pecados, suprimiendo unas veces la causa por medio de la supresión de los efectos y borrando otras los efectos por medio de la supresión de su causa. Como un paralítico se hubiese puesto en su presencia en ocasión en que se hallaba rodeado de muchedumbre de doctores y fariseos, alzó la voz y le dijo: “Confía, hijo mío. Yo te remito tus pecados.” Escandalizáronse en su corazón los que estaban allí presentes, pareciéndoles, por una parte, que la potestad de absolver era en el Nazareno orgullo y locura, y por otra, que intentar sanar las enfermedades absol-

menos que la índole del autor que las usa, su lógica y su sistema, no autoricen para tomarlas en tan absurdo sentido.

El Sr. Gaduel haría bien en aplicarse á sí mismo esta respuesta, tanto más, cuanto aquellas palabras del Sr. Donoso: cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento, no son tan malsonantes como las de Bossuet cuando dice: “El saber humano es ignorancia, la voluntad humana es flaqueza.”

viendo de los pecados era una extravagancia, y como el Señor viese nacer en los corazones de aquellas gentes aquellos pensamientos culpables, añadió luego en seguida: "Y para que á todos sea notorio que el Hijo del Hombre tiene en la tierra la potestad de remitir los pecados, levántate, yo te lo ordeno; lleva contigo tu lecho y vuelve á tu casa." Y así fué hecho como lo dijo, con lo cual vino á demostrar que la potestad de curar y la de absolver son una potestad misma, y que el pecado y la enfermedad son una misma cosa.

Antes de pasar adelante será bueno notar aquí, en confirmación de cuanto vamos diciendo, dos cosas dignas de memoria: la primera, que el Señor, antes de poner sus hombros al grave peso de los delitos del mundo, estuvo exento de toda enfermedad <sup>1</sup> y aun de todo achaque, porque estaba exento de pecado; la segunda, que cuando puso en su cabeza los pecados de todas las gentes, aceptando voluntariamente los efectos así como aceptaba las causas, y las consecuencias, así como aceptaba los principios, aceptó el dolor, mirando en él al compañero inseparable del pecado, y sudó Sangre en el Huerto, y sintió dolor con la bofetada en el Pretorio, y desfalleció con el peso de la Cruz, y padeció sed en el Calvario, y una tremenda agonía en el afrentoso madero, y vió venir la muerte con pavor, y gimió honda y dolorosamente al enviar su espíritu á su santísimo Padre.

Por lo que hace á aquella admirable consonancia de que hablamos entre los desórdenes del mundo moral y los del físico, el género humano la proclama á una voz sin comprenderla, como si un poder sobrenatural é invencible le obligara á dar testimonio al gran Misterio: la voz de todas las tradiciones, todas las voces populares, todos los vagos rumores esparcidos por los vientos, todos los ecos del mundo, nos hablan misteriosamente de un gran desorden físico y moral acaecido en los tiempos anteriores al crepúsculo de la historia y aun al cre-

<sup>1</sup> "Salvo las muestras generales de pasibilidad que nuestro Señor quiso dar en algunas ocasiones," dice aquí entre paréntesis la traducción italiana.

púsculo de la fábula, á consecuencia de una culpa primitiva, cuya grandeza fué tanta, que ni puede ser comprendida por entendimiento ni expresada con vocablos. Aun hoy día es, y si por ventura se desordenan los elementos, y hay mudanzas extrañas en las esferas celestes, y vienen sobre las naciones grandes castigos de discordias, de pestilencias, de hambres; si las estaciones alteran el curso sosegado de su harmónica rotación, y se confunden y traban entre sí una á manera de batalla; si el suelo viene á padecer sacudidas y temblores, y si los vientos, libres de las riendas que refrenan sus ímpetus, se tornan huracanes, luego al punto se levanta de las entrañas de los pueblos, guardadoras de la tremenda tradición, una voz pertinaz y temerosa, que busca la causa de la insólita perturbación en un delito poderoso para enojar á Dios y para atraer sobre la tierra las maldiciones del cielo.

Que esos *vagos rumores* <sup>1</sup> son á las veces infundados, y que suelen ser hijos de la ignorancia de las leyes que presiden al curso de los fenómenos naturales, es una cosa evidente; pero no es menos evidente á nuestros ojos que el error <sup>2</sup> está solamente en la aplicación y no en la idea, en la consecuencia y no en el principio, en la práctica y no en la teórica. La tradición queda en pie, dando perpetuo testimonio á la verdad, á pesar de todas sus falsas aplicaciones. Las muchedumbres pueden errar, y yerran frecuentemente, cuando afirman que tal pecado es causa de tal desorden; pero ni yerran ni pueden errar cuando aseguran que el desorden es hijo del pecado: y cabalmente porque la tradición, considerada en su generalidad, es la manifestación y la forma visible de una verdad absoluta, es por lo que es una cosa difícil, ó casi de todo punto

<sup>1</sup> Muy acertadamente usa aquí el autor la expresión de *vagos rumores*, restringiendo de esta manera en un sentido conveniente la consideración de que puedan á veces ser infundados los rumores y que procedan de ignorar el curso de los fenómenos naturales, pues por lo demás, esta voz de los pueblos, que busca la razón del mal físico en el mal moral, aunque alguna vez pueda ser vaga é infundada, está siempre de acuerdo con la enseñanza divina y con la razón natural.

<sup>2</sup> Cuando lo haya.

imposible, sacar á los pueblos de los errores concretos que cometen en sus aplicaciones especiales. Lo que la tradición tiene de verdadero, da consistencia á lo que la aplicación tiene de falso; y el error concreto vive y crece debajo del amparo de la verdad absoluta.

Ni carece la historia de ejemplos insignes que vienen en apoyo de esta tradición universal, que ha ido transmitiéndose de padres á hijos, de familia á familia, de raza á raza, de pueblo á pueblo y de región á región, por todo el linaje humano, hasta los remates de la tierra; porque siempre que los delitos han subido sobre cierto nivel y han llenado cierta medida, luego al punto han venido sobre las gentes catástrofes tremendas, y sobre el mundo ásperos vaivenes y rudos sacudimientos. Sucedió primero aquella universal perversión de que nos hablan las Santas Escrituras, cuando, juntos en una misma apostasía y en un mismo olvido de Dios todos los hombres en la época antediluviana, vivieron sin otro Dios y sin otra ley que sus criminales antojos y sus frenéticas pasiones; y entonces, llenas ya las copas de las iras divinas; vino sobre la tierra aquel gran conflicto y aquella portentosa inundación de las aguas que todo lo arrastró en el universal estrago y en la común ruina, y que igualó los montes con los valles. Llegados después los tiempos á la mitad de su carrera, sucedió que vino al mundo, en cumplimiento de las antiguas promesas y de las antiguas profecías, el Deseado de las naciones: fué la época de su venida nombrada entre todas por la perversidad y malicia de los hombres y por la corrupción universal de las costumbres. Añadióse á esto que en un día de triste y de llorosa memoria, el más lloroso y el más triste de cuantos iban corridos desde la creación, un pueblo ciego é insensato, como si estuviera tomado del vino, se levantó, descompuesto su rostro con el frenesí de la cólera, tomó á su Dios con su mano y le hizo asunto de sus ludibrios, y acumuló sobre él todas sus afrentas, y cargó sus mansísimos hombros con todas las ignominias, y le puso en lo alto, y le dió muerte de Cruz en medio de dos la-

drones. Entonces también se vió rebosar la copa de los divinos enojos, y el sol retrajo sus rayos, y el velo del Templo dió un temeroso crujido, y se abrieron grietas en las rocas, y la tierra toda padeció desmayos y temblores.

Otros y otros ejemplos pudieran traerse aquí, en confirmación de las misteriosas armonías que se observan entre las perturbaciones físicas y las morales, y en abono de la universal tradición, que en todas partes las consigna y las proclama; pero la sobriedad que nos hemos propuesto, por una parte, y por otra, la grandeza de los que dejamos consignados, nos inclinan á dar por terminado este asunto.